

GASPAR DE JOVELLANOS. UN ILUSTRADO VÍCTIMA DE LAS DOS ESPAÑAS

BRAE TOMO XCIV • CUADERNO CCCIX • ENERO-JUNIO DE 2014

HACE más de quince años dediqué mi discurso de ingreso en la Real Academia Española a don Gaspar Melchor de Jovellanos, predecesor mío en el sillón «V» mayúscula, que me honro en ocupar. Quería con ello rendir homenaje a uno de nuestros grandes ilustrados, en momentos en que la vida política y social española se veía aquejada de antiguas y crónicas enfermedades. Pretendía luchar así contra la resurrección de un pasado persistente y terrible, que mereció ser descrito por la ardiente pluma del propio Jovellanos en su elegía por España, donde define con dolor y hastío los perfiles siniestros del país en que le tocó vivir:

*Los talleres desiertos, del arado
arrumbado el oficio,
el saber sin estima, en trono el vicio,
la belleza a la puja, Marte airado,
(...)
¿En esto había de parar mi gloria?
¿Mi fin ha de ser éste?
¿Y falsías, y guerra, y hambre, y peste
los postrimeros fastos de mi historia?*

Al comentar estas estrofas, pertenecientes a la oda *Manifestación del estado de España, bajo la influencia de Bonaparte, en el gobierno de Godoy*, Francisco Ayala¹ indica el probable sentir de su autor desde mucho antes de que fuera escrita: ha perdido la ilusión. «Sabe —escribe Ayala— que la política ilustrada, siempre en duro forcejeo contra las fuerzas tradicionales, no tiene tras la muerte de Carlos III su apoyo institucional: abierto el trono a la inepticia y el vicio, de la inepticia y el vicio se aprovechan ahora esas fuerzas ciegas para extirpar del Estado aquella idea política, ¿y quién podría resistir un empuje en tales condiciones?».

La historia de Jovellanos es la del fracaso de la inteligencia frente a la corrupción del poder. Hubiera sido buena ocasión el segundo centenario de su fallecimiento, en 2011, para reivindicar los valores que simbolizaba. Pero los recortes económicos y las penurias políticas no permitieron entonces poner de

¹ Francisco Ayala. *Jovellanos en su centenario*. Publicado por el Ayuntamiento de Gijón, 1992.

relieve con la publicidad y brillantez adecuadas el ejemplo que su vida nos legó. Jovellanos es el preso político más famoso de la Historia de España, aunque esta condición no ha sido valorada suficientemente por los manuales al uso. Encarcelado por orden del rey durante siete años, nunca fue juzgado y ni siquiera supo jamás las acusaciones concretas que se le hacían en la delación supuestamente anónima que dio con sus huesos en prisión. Liberado tras la llegada al trono de Fernando VII, se reincorporó a la vida española en plena guerra civil (que la historiografía patriótica llamó de la Independencia), entre los partidarios de José Bonaparte y los nacionalistas españoles.

Era un ilustrado, quizás uno de los primeros que en España mereciera ese nombre, pero al mismo tiempo profesaba una acendrada religiosidad católica y una indudable lealtad a la Corona como institución, pese al maltrato que ésta le dispensó. Como resultado de ello, su vida y su obra están repletas de ambigüedades, paradojas y contradicciones. Poseedor de un inaudito vigor intelectual y de una curiosidad sin límites, elaboró novedosas teorías económicas y jurídicas. Su ímpetu emprendedor le llevó además a experimentarlas como organizador y gestor. Crítico de arte, experto jurista, concienzudo funcionario, economista de talento, dedicó gran atención a la botánica, la minería y la arquitectura. Como escritor, sus discursos e informes ante las reales academias a las que perteneció nos revelan un maestro del ensayo. Y aunque su obra poética y sus piezas teatrales no merecen gran elogio —no lo tuvieron tampoco entre sus coetáneos— permiten al menos encuadrarle entre los precursores del romanticismo español. Por lo demás, su efímera y fracasada carrera de político, tras un exitoso desempeño como servidor público, su azarosa prisión, y el trágico final que padeció son ejemplos durables del destino frecuente que aguarda en nuestro país a los hombres de su especie.

Solicitado por sus amigos afrancesados para que se uniera al gobierno de José Bonaparte, tuvo que elegir, al igual que tantos otros, entre alinearse con el progresismo que aquellos representaban o con los ideales patrióticos de los resistentes a la invasión. Esta dicotomía visible entre inteligencia y sentimiento, entre Ilustración e Identidad, la veremos repetida de forma recurrente en muchos episodios y cientos de protagonistas de nuestra Historia. Aunque su culto a la modernidad y su moderado racionalismo empujaban a Jovellanos hacia la colaboración con el monarca intruso, decidió en última instancia incorporarse a los rebeldes en nombre de su españolidad, ingresando en la Junta Central, poder político supremo del bando nacionalista, en representación de Asturias, y participando desde ella activamente en los preparativos de la convocatoria a Cortes constituyentes. Fue el principal impulsor de la instrucción pública y de los planes de educación de la época. Fundador del Instituto de Gijón (Real Instituto Asturiano de Náutica y Minería) lo convirtió en un

modelo de establecimiento educativo y de investigación, esforzándose por combinar la práctica de las humanidades con la de las ciencias. Contribuyó también al estudio y transformación de la estructura productiva de nuestro país. Autor del famoso dictamen sobre la reforma agraria se interesó igualmente por la adecuada explotación de las minas de carbón y por el emprendimiento de obras públicas que facilitaran las comunicaciones en la península. Miembro de la Real Academia Española, de las de Bellas Artes y la de Historia, fue activo colaborador de diversas Sociedades Económicas, dirigiendo la de Madrid durante su estancia en la capital, y a cuyo encargo responde el *Informe al Real y Supremo Consejo de Castilla en el expediente de Ley Agraria*. La Iglesia intentó que dicho documento no viera la luz, pues se insinuaban en él las primeras medidas desamortizadoras. Esta beligerancia progresista de Jovellanos no era una novedad. Como magistrado en Sevilla, al comienzo de su espectacular carrera, reprimió los abusos y las torturas que se cometían con los presos, y en sus muy diversos cargos públicos trabajó en todo momento por una modernización del país y por el respeto a los derechos humanos. Designado ministro de Gracia y Justicia por Carlos IV, a sus muchos enemigos en la Corte —que recelaban de su carácter reformista— sumó la animadversión de la propia reina, de quien dicen rechazó insinuaciones lascivas y cuya conocida actitud licenciosa y sus amores con Godoy censuró abiertamente. Desde ese punto de vista podría pasar por un puritano; en cualquier caso no fue un revolucionario sino un reformador que padeció en propia carne el drama que enfrentaba su voluntad ilustrada con su sentimiento patriótico; un hombre de transición, puente entre el pasado absolutista y los intentos democratizadores y liberales del XIX; un ferviente partidario del diálogo, poseedor de inmensa cultura, y que gozó de gran popularidad entre sus conciudadanos. Amante de las artes, la literatura y el conocimiento en general, amigo de Goya, que diseñó un ex libris para su biblioteca, se carteó profusamente con lord Holland, el más influyente político británico de la época, y frecuentó las tertulias políticas y literarias del Madrid de la época, en donde se decía que una fiesta sin Jovellanos carecía del relieve y la prestancia social necesarios. Contó en vida con muchos enemigos, pero la Historia le ha premiado con reconocimiento y aprecio por parte de representantes de las dos Españas. Unos insisten en su decidida apuesta modernizadora, su incipiente feminismo, su esfuerzo por impulsar la educación, y su talante empresarial y organizador. Otros valoran más su acendrado patriotismo, su inequívoca fidelidad a la religión católica, lo morigerado de su existencia y su condición de persona de orden. Eso ha permitido durante mucho tiempo una apropiación del personaje por parte de los sectores más conservadores, y aun reaccionarios, de nuestra sociedad. Pero a mi juicio su ejemplo ilumina los esfuerzos tantas veces baldíos para incorporar las instituciones de nuestro país

a las corrientes progresistas. Sobre cualquier otra cualidad, prevalecieron su talante liberal y su honestidad y coherencia en el comportamiento. Vivió como pensaba y puso en práctica su propia prédica.

Esos son los valores que me hubiera gustado ver puestos de relieve doscientos años después de su muerte. Valores cívicos y políticos que se encuentran en su temprana contribución a lo que habría de convertirse en la cultura democrática española: una honradez sin reparos, un ejemplar comportamiento de hombre público, una pertinaz insistencia en el diálogo y el conocimiento como formas de dirimir diferencias y promover el progreso. Como ya he señalado, vivió una existencia marcada por la ambigüedad de las circunstancias y la necesidad de superar las contradicciones que de ellas emanaban. Ambigüedad sexual, hasta el punto de que algunos quisieron ver en él un homosexual no reconocido. Nunca contrajo matrimonio y no se le conocían romances, pero tuvo un hijo natural de una extranjera, al que no reconoció, quizás porque murió a los pocos años de nacer. Su preocupación por la estética en el vestir, por la apariencia física en general, eran bien conocidas y permitirían definirle, en el argot de ahora, como un metrosexual. Ambigüedad política e ideológica también: un católico que se alzó contra la Inquisición; un monárquico perseguido por su rey; un romántico literario y un político racionalista; y un liberal defensor del constitucionalismo que no llegó a integrarse entre quienes lo fundaron.

Tan dilatada peripecia vital abarca aspectos de un dramatismo impresionante, cuyo simple relato es del todo estremecedor. En la madrugada del 13 de marzo de 1801 un pelotón armado irrumpió en su hogar, arrancándole materialmente de la cama, para arrestarle por orden del rey. La casa registrada, sus papeles de trabajo confiscados, su biblioteca precintada, le anuncian luego que será conducido al destierro bajo custodia. Jovellanos, ya entrado en años y de salud precaria, se enfrenta con violenta audacia al comandante de la tropa y regente de la audiencia, un viejo conocido de él, casi un amigo, que cumple su encargo con severidad. Aunque protesta virulentamente, todo es inútil: sus papeles son depositados en un par de baúles y enviados a Madrid para ser investigados, y él sólo tiene tiempo de empacar lo más preciso antes de partir hacia León, «conducido con escándalo y escolta de tropa». A su salida de Gijón los vecinos, que le adoran debido a la gran tarea cívica y educativa que ha realizado allí, se agolpan llorando para darle su adiós. Qué diferente a aquella otra despedida cuando la ciudad ardía en fiestas por su nombramiento como embajador extraordinario y plenipotenciario ante la corte rusa en San Petersburgo, puesto que nunca ocupó pues a la hora de emprender viaje recibió la invitación para incorporarse al gobierno como ministro de Gracia y Justicia.

Con aquel nombramiento, Godoy trataba de dar un giro «progresista» a su gabinete en momentos en los que la tensión internacional aumentaba ante los

sucesos de Francia. A Jovellanos no le gustaba Godoy, aunque gracias a él había podido llevar adelante la obra del Instituto y se permitió también la publicación del Informe Agrario, contra las presiones de clérigos y obispos reaccionarios. Corrían rumores fundados sobre los amoríos de la reina con el favorito, obligado a casarse con la condesa de Chinchón para evitar habladurías, y por ver de separarle de la mujer de quien verdaderamente estaba enamorado, la actriz gaditana Pepita Tudó.

Jovellanos llega a la corte de El Escorial para hacerse cargo del ministerio, pero antes se entrevista en Navacerrada con Cabarrús, el político más influyente del momento, que le ha recomendado para el cargo. Ambos son viejos amigos, y ambos criticaban la largueza y frivolidad de los estipendios de la reina, que ponían en peligro la hacienda pública. En su conversación Cabarrús le dibuja un cuadro caótico y miserable de la corte, devorada por las intrigas mezcladas de amoríos de todo tipo al tiempo que los reaccionarios papistas, de acuerdo con los reyes, trataban de ocupar el máximo espacio. La inclusión de Jovellanos en el gabinete, junto a la de Saavedra como ministro de Hacienda, suponía un esfuerzo por situar a los liberales en el poder.

El mismo día que Jovellanos llega a El Escorial es invitado a comer por Godoy en su casa, en compañía del propio Cabarrús, Saavedra y un par de otros dignatarios. Don Melchor se escandaliza al ver que el favorito de la reina ha sentado en la mesa, a su derecha, a su reciente esposa, y a su izquierda a su bella amante. Lo expresa así de puño y letra en su Diario: «Este espectáculo acabó mi desconcierto... Por la noche, en la Secretaría de Estado, con Cabarrús; luego, Saavedra; conversación acalorada sobre mi repugnancia; no hay remedio; el sacrificio es forzoso;... La presentación mañana a las 11». De modo que asume el ministerio contra su íntima voluntad. La corte permanecerá todavía un mes en El Escorial, antes de trasladarse a Madrid. En ese interregno sufre de mareos y se le declara una gastroenteritis. Descubrirá más tarde que ha sido envenenado por un criado que le proporcionaba en la comida pequeñas dosis de sales de plomo. Nadie supo nunca quién era el responsable, pero lo más sospecharon de la Inquisición. En el ministerio intentó reformar el tribunal de la misma e impulsar la enseñanza universitaria, enfrentándose a la Iglesia de Roma, aunque apoyado por algunos clérigos modernizadores; por otra parte, sugirió que la familia real se ajustara el cinturón, pues consumía el treinta por ciento del total de la renta nacional. Acusado de jansenista, primero, de ateo después, de comportamiento nepotista más tarde (como no se fiaba de casi nadie en Madrid, se rodeó de amigos personales y paisanos suyos), apenas ocho meses después de haber tomado posesión fue destituido de forma fulminante.

Jovellanos es deportado a Gijón de nuevo (su anterior estancia se debió a un destierro disimulado, como represalia por haber hecho el informe sobre la reforma agraria). En su ciudad natal se encontrará el Instituto en muy mala situación, y trata de recuperarlo con escaso éxito, abrumado como está por las deudas. Meses después se produce su detención.

Mientras tanto, en Madrid, el canónigo de San Isidro, Baltasar Calvo, y el fraile dominico Antonio Guerrero incendian los púlpitos con sus invectivas contra los liberales jansenistas y jacobinos, amigos todos ellos de Jovellanos, entre los que sobresalen la condesa de Montijo, Meléndez Valdés y los obispos Tavera y Palafox. El Papa, preocupado por la extensión del liberalismo en Europa, anima estas denuncias y felicita a los curas reaccionarios. Godoy, ahora fuera del poder, presume de defender a los acusados, pues a todos los había llamado a colaborar en el gobierno, pero al mismo tiempo se inhibe, cuando no conspira directamente contra ellos; en el caso de Jovellanos, al Príncipe de la Paz no se le olvidan sus desaires, su arrogancia, su pretendida superioridad moral. Godoy, liberal en su primera hora, procura su retorno mediante su reconciliación con los reaccionarios.

Tras su arresto, don Gaspar llega a Barcelona custodiado por la tropa y después de un penoso trayecto. Es incomunicado allí por varios días hasta que le deportan a Mallorca, en donde desembarca en abril de 1801. El capitán general ordena su confinamiento en la cartuja de Valldemosa, donde es tratado con benevolencia por los frailes, que admiran sus dotes de intelectual. El prior, convertido en su amigo, le permite pasear por los alrededores, lo que aprovecha para levantar un inventario de la botánica de la isla. Nos hallamos de nuevo ante el Jovellanos estudioso, el deseoso del conocimiento, dedicado a las ciencias naturales lo mismo que a las Humanidades, conversador con las gentes del pueblo que le ayudan a identificar las plantas autóctonas que desconoce. Sabedores en la corte de la lenidad del castigo que recibe se ordena su traslado al castillo de Bellver, donde una guardia permanente vigila su puerta. Por dos veces escribe al rey protestando por su inocencia y reclamando un juicio justo que la demuestre, pero las cartas no llegan al poder del soberano. Dedicado a las tareas intelectuales, y retenido en su celda, escribe un manual sobre la educación pública y una descripción del propio castillo que le sirve de prisión. Su enfermedad empeora, sufre de cataratas y durante dos años le someten a gran incomunicación. Cuando su régimen carcelario es suavizado, se dedica a realizar un inventario de la arquitectura de la isla. Las noticias que le llegan de la península son escasas, tardías, y siempre preocupantes. Godoy, de nuevo en el poder, ha llevado una política de amistad con Francia y enfrentamiento a Inglaterra, mientras Fernando VII conspira con Napoleón contra sus padres y contra el valido: organiza el motín de Aranjuez y se proclama rey. Una de sus

primeras medidas es amnistiar a los presos políticos. Cuando el capitán general de Mallorca comunica a Jovellanos su libertad y le indica que debe partir cuanto antes hacia Madrid, él pide sosiego y le responde que antes que nada quiere dirigirse a la catedral para orar y agradecer al Altísimo su liberación.

Jovellanos, ya un hombre libre, llega a Barcelona, en cuyo puerto sus amigos le esperan para comunicarle los graves sucesos acontecidos en Madrid el 2 de Mayo. Alquila una habitación en la posada de las Cuatro Naciones y allí acuden a visitarle numerosos intelectuales y políticos, incluido el general Ezpeleta, que se ha hecho cargo de la ciudad. Comprende que se ha abierto una fosa infranqueable entre los partidarios de Napoleón, en la creencia de que los franceses lograrán implantar el liberalismo en España, y quienes defienden la independencia nacional, arropados por los sectores reaccionarios y papistas. La mayoría de las provincias han comenzado a elegir Juntas populares de resistencia. La guerra civil es inevitable. Se lo confirma su buen amigo Cabarrús, con el que se encuentra en Zaragoza, acogido clandestinamente por el marqués de Santa Coloma, mientras el general Palafox se ha erigido en dictador de la región. Cabarrús se sumará a la causa de los franceses, al tiempo que trata de ganarse a Jovellanos para la misma. Don Gaspar se escabulle sin tomar ningún compromiso. El ministro de la guerra de Bonaparte, O'Farril, y el de Marina, Mazarredo, le reclaman en Madrid, pero él se excusa por motivos de salud. Mientras tanto, desde Bayona, otros colaboracionistas se ponen en contacto con él: le piden que vaya a Asturias, donde la Junta del principado acaba de declarar la guerra contra Napoleón. Quieren que trate de calmar los ánimos y convenza a los rebeldes de lo impropio de su acto. Él se resiste. Finalmente el 7 de julio le comunican que José Bonaparte le ha nombrado Ministro del Interior de su gobierno. Renuncia al cargo en una carta llena de habilidad, que le permite agradecer la deferencia al tiempo de rechazarla. Jovellanos ha optado ya abiertamente por el bando de los patriotas y en septiembre es elegido para representar a Asturias ante la Junta Central, el nuevo poder político de la España ocupada. Emprende en ella una batalla por construir un orden jurídico constitucional en torno a la monarquía. La Junta reúne sin embargo a un buen número de nobles y clérigos reaccionarios, y la consecución de los objetivos de Jovellanos se enfrenta a muchas dificultades. Ayudado por su amigo lord Holland redacta un proyecto de constitución con un régimen bicameral, algo muy novedoso para España. Pretende organizar una democracia estamental, bajo la soberanía del rey. Mientras tanto la Junta, gobierno supremo de la España leal no consigue imponerse sobre muchos de los caudillos locales y cosecha un buen número de derrotas militares. Ante el avance de los franceses, se muda de Aranjuez a Ocaña, de Ocaña a Sevilla y por último se refugia, de manera casi azarosa, en la Isla de León. Jovellanos vive ahí la más negra de las

experiencias. Desencantado de su país, de los esfuerzos de concordia, desoído por sus correligionarios, impotente para hacer prevalecer su criterio, acusado de cobarde, débil y corrupto, abandona todo empeño de liderar el proceso político. Al final, las Cortes se convocan desoyendo sus propuestas y él parte hacia Gijón pero se detiene en Galicia por meses, donde aprovecha para escribir un alegato en defensa de su actividad en el gobierno rebelde. Todavía tiene que hacer frente a las acusaciones de haber distraído dinero de la Junta. La justicia registra sus equipajes en busca del cuerpo del delito y acaban por retirarle el pasaporte. Solo, pobre, enfermo y viejo escribe a su sobrino y heredero en demanda de ayuda, que solicita igualmente a otros miembros de la nobleza local. En su «*Memoria en defensa de la junta Central*» drena la amargura de su corazón: «Después de haber servido a mi patria por espacio de cuarenta y tres años en la carrera de la magistratura con rectitud y desinterés... después de haber sufrido, por mi amor a la justicia y horror a la arbitrariedad, una persecución sin ejemplo en la historia del despotismo, y en la que sin precedente culpa, juicio, ni sentencia, me vi de repente arrancado de mi casa, despojado de todos mis papeles, arrastrado a una isla, recluso por espacio de 13 meses en un monasterio, trasladado después a un castillo, y encerrado y sepultado en él por otros seis años; después que, obtenida mi libertad al punto mismo que empezaba a peligrar la de mi patria, no solo abracé la santa causa de su defensa, sino que me negué a todas las sugerencias y ofertas lisonjeras con que la amistad y el poder procuraron empeñarme en el opuesto partido; después que nombrado para el gobierno central, cuando los muchos años y trabajos y una prolija enfermedad tenían arruinada mi salud, no solo renuncié al descanso y al deseo de conservar mi vida, me veo atacado y ofendido en mi honor y desairado e insultado en mi persona».

Por fin llega a Gijón y su ánimo, ya muy decaído, empeora aún más. Los franceses habían utilizado el Instituto como cuartel y como cuadra; el edificio se encuentra medio derruido, en pésimo estado; y el Instituto mismo se ha reconvertido en una Escuela de Náutica. Comienza los trabajos para recuperarlo e inicia una suscripción popular, mientras se lamenta de que «he encontrado mis libros y pinturas, menguados y descabalados los primeros, rotas y estropeadas las segundas. Tal como están me hallo en medio de ellos, pero solo, muerta mi familia y casi todos mis amigos. El país, empobrecido y devastado; el enemigo, todavía a sus puertas». ¡Y tanto! A las pocas semanas los franceses amenazan de nuevo con tomar la ciudad y es preciso emprender una huida apresurada. Se embarca con su amigo Pedro de Valdés en el bergantín *Volante*, junto con setenta personas que escapan despavoridas hacia el oeste. A mitad de la travesía son detenidos por un navío británico con cuyo capitán se emprende una disputa por parte del cónsul inglés, que iba a bordo, por una deuda con

la Real hacienda. Todo acaba con un cañonazo sobre la borda del bergantín, en el que se provoca un pánico generalizado. El viaje empeora cuando se desata una tormenta y el buque ha de refugiarse en Puerto Vega. Jovellanos se tiene que alojar, enfermo, casi exangüe, en casa de un vecino, donde muere días después tras padecer cruel agonía, víctima de una flegmasia aguda de pulmón. En sus delirios finales se refiere a España como «... la nación sin cabeza».

Un mes más tarde de su fallecimiento las Cortes de Cádiz, que discutían sobre la Constitución, declararon solemnemente a Gaspar Melchor de Jovellanos como *benemérito de la patria* y dieron orden de que el informe sobre la ley agraria se tuviera presente en la comisión de agricultura del recién estrenado parlamento. Todo ello en memoria «de su infatigable trabajo por defender las luces y la ilustración y de la firmeza con que sufrió la persecución que le hizo padecer la mano cruel del despotismo». Desde entonces hasta nuestros días la figura de Jovino ha sido objeto de manipulación reiterada por quienes, apropiándose de su legado, pretendían exhibir su pensamiento en defensa de sus particulares filias y fobias, no pocas veces emparentadas con el sentimiento patrioter de lo que dio en llamarse la España profunda. Pero una lectura no sectaria de la obra de Jovellanos y una contemplación serena de su propio devenir le definen como uno de los grandes reformadores de nuestra Historia, a quien la misma nación que le ensalzó a su muerte no dudó en abandonarle en los más difíciles momentos de su vida.

Sin embargo este homenaje no ha de servir para olvidar el triste y desesperado final de un verdadero reformador que renegaba de cualquier recurso a la violencia. Le horrorizaba la idea de que los vientos de modernidad acabaran con la Monarquía, de la que se sentía fiel súbdito. Desconfiaba de los políticos, y se contemplaba a sí mismo como un servidor del estado. Hasta el punto que siempre se consideró digno acreedor de él, y en no pocas ocasiones reclamó pensiones y sueldos oficiales que le permitieran primero subsistir y luego subvenir a las necesidades de su Instituto. Como tantos otros de su especie, consideraba que la mejor forma de cambiar las cosas era educando al pueblo, esparciendo los saberes. «Una nación que se ilustra puede hacer grandes reformas sin sangre, y creo que para ilustrarse tampoco sea necesaria la rebelión», decía en una carta al conde Alexander Jardine, para añadir en otro lugar: «En este orden de las causas de prosperidad de una nación tiene el primer lugar la ilustración, y se presenta a mis ojos como la fuente de toda prosperidad». Sus proyectos se enmarcaban en un difuso sentimiento rousseauiano de la existencia, lo que le llevaba a una especie de determinismo natural: «Si suponemos que una nación ilustrada lo primero que hará será perfeccionar su legislación, puesto que no puede desconocer las ventajas que de esto resultará; ni conociéndolas, dejar de desearlas; ni deseándolas, dejar de buscarlas; ni buscándolas,

dejar de hacer, por lo que su ilustración le enseñará con igual claridad los males y los remedios». Esta suposición de que el conocimiento es la primera causa del bien y de que, gracias a él, se desharán muchos entuertos sociales fruto no tanto de maldad del hombre como de su ignorancia le acompañará toda la vida. La visión jovellanista es bien simple, y bastante socrática. Como dice Santiago Sagredo, en su ensayo sobre *Jovellanos y la Educación en Valores*, las «buenas luces», traerán las «buenas leyes», y estas los «buenos fondos»².

Los ideales educativos de Jovellanos se prolongaron a lo largo del XIX en las preocupaciones de nuestros ilustrados, de los intelectuales del 98 y las generaciones siguientes. Pero no se limitó solo a predicar sobre la necesidad de la educación: también teorizó sobre ella y puso en práctica sus proyectos. Una de las características de su propósito, que entronca con su afán enciclopedista, es la conjugación de los estudios de ciencias naturales con los de la literatura y bellas artes. En la *Oración inaugural de Instituto Asturiano*, pronunciada el 7 de enero de 1794, y dedicada a la necesidad de unir ambas disciplinas, dice: «Las ciencias serán siempre a mis ojos el primero, el más digno objeto de vuestra educación; ellas solas pueden ilustrar vuestro espíritu, ellas solas enriquecerle, ellas solas comunicaros el precioso tesoro de verdades que nos ha transmitido la antigüedad... ellas solas pueden poner término a tantas inútiles disputas y tantas absurdas opiniones; y ellas, en fin, disipando la tenebrosa atmósfera de errores que gira sobre la tierra, pueden difundir algún día aquella plenitud de luces y conocimientos que realza la nobleza de la humana especie.... Mas no porque las ciencias sean el primero, deben ser el único objeto de vuestro estudio; el de las buenas letras será no menos útil y aun me atrevo a decir que no menos necesario». Este deseo larvado de servir a la idea del hombre universal en la formación de sus alumnos se completará con repetidas recomendaciones a fin de incorporar el estudio de la ética, y a través de él, el de la religión, a los saberes científicos y prácticos. Jovellanos quería formar ciudadanos completos, obsesionado con la idea —en cierta medida antirracionalista— de que el Hombre es el centro del Universo. Este antropocentrismo, que desdice de la necesaria reverencia a la diosa Razón, hunde sus raíces, sin género de dudas, en su profundas convicciones católicas, que le hacían abominar de los privilegios y la desidia del clero, y criticar la excesiva influencia de los jesuitas en la vida política española.

Rasgo inequívoco de su programa educativo es su apoyo a la instrucción pública, abiertamente expresado en las *Bases para la formación de un plan general de Instrucción*, que redactó en 1809, siendo miembro de la Junta Central. La

² Santiago Sagredo. *Jovellanos y la Educación en Valores*. Foro Jovellanos, 1995.

defensa de una educación pública, gratuita y de calidad, no es, contra lo que algunos zoilos creen, característica de los regímenes colectivistas o del socialismo real, sino fruto de la convicción liberal sobre la igualdad de los hombres ante la ley. Resultó un triunfo de las revoluciones burguesas y es uno de los anclajes más firmes con los que debe contar toda sociedad democrática. Sin una instrucción pública gratuita, la igualdad de oportunidades, base de todo régimen de competencia, se convierte en una verdadera farsa.

Sus pretensiones de igualdad llevaban a Jovellanos a solicitar que la instrucción fuera laica —aún con contenido religioso— y se hiciera en una lengua común e inteligible para todos los ciudadanos, combatiendo la persistencia del latín en las Universidades y promoviendo el uso del español. Pero aún en sus ensoñaciones y utopías quiso ir más lejos, imaginando la existencia de un idioma universal y de un orden internacional basado en el mutuo entendimiento.

Son tantas y tan jugosas las citas que podrían traerse a colación acerca de las preocupaciones jovellanistas sobre la educación y los materiales necesarios en la misma, que abusaría de este auditorio si siguiera expurgando en ellas. Como buen ilustrado centró su atención primordial en estos temas sobre los que expresó claramente su opinión:

- 1.—Crefía en la educación como el mejor sistema de conseguir el desarrollo económico y social de los pueblos.
- 2.—Entendía que este era un método progresivo y lento, reformista.
- 3.—Pretendía combinar las disciplinas técnicas y científicas con las humanidades, especialmente con los estudios históricos, la literatura, y la ética en sentido amplio.
- 4.—Promulgaba la necesidad de una educación igualitaria, en un idioma común y con unos mínimos garantizados que permitieran a cualquier individuo convertirse en ciudadano.
- 5.—Como consecuencia de todo ello, defendía abiertamente la instrucción pública y gratuita.

Todos estos son preceptos claramente integrables, e integrados, en un programa liberal, de respeto al individuo y entusiasmo por su futuro. Preceptos duramente combatidos por las fuerzas reaccionarias de nuestro país, disfrazadas de un liberalismo vergonzante entregado a la especulación y al pillaje que desdice de la práctica de la tolerancia y el diálogo que distinguen a todo auténtico liberal.

No hay que indagar mucho para descubrir las reverberaciones de aquel deseo en las manifestaciones frecuentes que maestros y estudiantes protagonizan hoy en la plaza pública en defensa de una enseñanza obligatoria y gratuita para todos los españoles. Y es sorprendente, y nada edificante, la facundia con que las autoridades educativas, la central y las autonómicas, responden a

esas demandas. Constituyen un ejemplo más de un mal ya muy extendido y que aqueja a todas las instituciones del Estado.

En esta hora de España es preciso restaurar el espíritu de tolerancia, de curiosidad y de diálogo que la Ilustración supuso. Recuperar la fe en las instituciones jurídicas —ese Tribunal Constitucional presidido por alguien con un currículum de faccioso, como diría Larra—, defender nuestro estado de derecho, amenazado por sus propios guardianes, y confiar en la racionalidad de las decisiones del hombre, en su capacidad para convivir con los demás y su voluntad de hacerlo. Reivindiquemos el ingenuo posibilismo de Gaspar Melchor de Jovellanos, ministro a regañadientes, embajador a la fuerza, observador a la vez implacable y benévolo de la escena española. Imitemos su pragmatismo, su decisión permanente en la búsqueda de soluciones, su poner manos a la obra sin atrincherarse en el rincón del escepticismo ni en la altiva soberbia del análisis erudito.

Nuestra sociedad necesita más que nunca guiarse por criterios firmes, asentarse en valores seguros y seguir a líderes fiables. Necesita inventar (en el mejor sentido de la palabra, el de encontrar) sus mejores Jovellanos que sean como el fue: un rebelde tranquilo, capaz de decir no al estilo del hombre rebelde de Camus, de no transigir porque estaba precisamente dispuesto a dialogar. Descubramos de nuevo la inercia y el vicio que transitan por el poder, denunciemos a los déspotas de los nuevos tiempos, y desterrémosles en beneficio de la inteligencia.

JUAN LUIS CEBRIÁN
Real Academia Española